

CAPÍTULO II

UN MARCO DE ANÁLISIS PARA LAS RELACIONES ENTRE ENTORNO, FAMILIA E INFANCIA.

Introducción

Además de incorporar las innovaciones teóricas y metodológicas que hoy se plasman en las nociones de estructuras de oportunidades y activos sociales, en el *Panorama de la Infancia y la Familia en Uruguay* se combinan y amplían dichos avances en el campo de indicadores y de conceptos para abordar los problemas críticos de la infancia. Entender el desbalance intergeneracional, la problemática de la infancia en Uruguay y su evolución reciente supone examinar la forma en que las familias enfrentan su cotidianeidad y defienden el nivel de bienestar alcanzado haciendo uso de recursos materiales (capital físico), educativos y de trabajo (capital humano) y de redes, protección y apoyos comunitarios y familiares (capital social). Asimismo, la distribución de esos recursos, y la utilidad que deparen, dependen de la forma en que las estructuras de oportunidades del mercado, del

Estado y de la comunidad definen las condiciones de acceso y el tipo de retornos que ofrece cada uno de estos órdenes institucionales básicos a distintos portafolios de activos familiares.

RECUADRO 1

La pobreza entendida como un mero atributo de un hogar o persona ha dado paso crecientemente a una mirada que retoma los aportes de las teorías de la estratificación social. En estas nuevas miradas se busca que las nociones de vulnerabilidad, marginalidad y exclusión social se combinen con la noción de pobreza bajo un marco conceptual que permita entender no solo tal situación sino también los fenómenos más generales de movilidad social. En este sentido, la consideración de los recursos multidimensionales de los hogares y sus estrategias ayuda a entender la persistencia de la pobreza en una misma generación, su transmisión intergeneracional y su eventual endurecimiento en formas de pobreza marginal o excluida. Pero, si al complejo *set* de recursos con que cuentan los hogares le agregamos las formas en las cuales el Estado, el mercado y la propia comunidad distribuyen oportunidades, accedemos a una comprensión que combina la dimensión macrosocial y microsocia. O dicho más simplemente, nos aproximamos con mayor sentido común a la forma en que personas y hogares luchan por su bienestar y a las chances que, dada la estructura de oportunidades, tienen de lograrla. Para una biografía intelectual e institucional de este nuevo enfoque y sus aplicaciones más recientes, se sugieren los siguientes textos:

Kaztman, R. (coord), 1999; *Vulnerabilidad Activos y Exclusión Social en Argentina y Uruguay*. Santiago de Chile; OIT/FORD.

Kaztman R. (coord), 1999; *Activos y Estructuras de Oportunidades. Estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en el Uruguay.*, CEPAL/PNUD, 1999.

Kaztman, R; Filgueira, F & Furtado M. (2000); *Nuevos Desafíos para la Equidad en Uruguay* en Revista de la CEPAL, 72, Diciembre 2000, pp. 79-97.

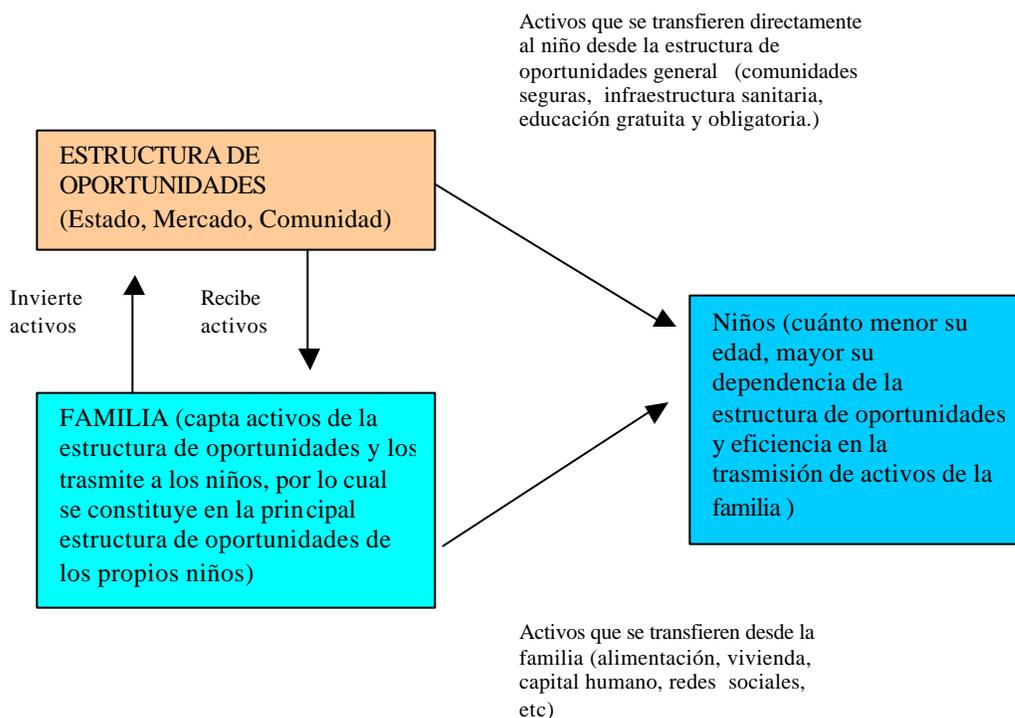
PNUD, (1999); *Desarrollo Humano en Uruguay* (PNUD); PNUD, Montevideo

Carlos Filgueira, 1998; *Sobre revoluciones ocultas. La familia en el Uruguay*. Cepal, Montevideo.

Adicionalmente, las características de la misma estructura familiar son relevantes en tanto indican la capacidad que tienen los adultos de transmitir activos y ofrecer pautas de socialización adecuadas a los niños.

En suma, para enfrentar el desafío de la pobreza y exclusión social de los niños el *Panorama* propone un enfoque que integre las nociones de activos sociales, estructura de oportunidades y capacidad familiar de transmisión de activos. El siguiente esquema permite una mejor visualización de lo propuesto:¹

FIGURA 1



Las situaciones de pobreza y exclusión social infantil se caracterizan justamente, no sólo por una muy baja dotación de activos de las familias, sino también por una baja capacidad de la

¹ Para una presentación detallada sobre el enfoque de activos y estructura de oportunidades ver; Kaztman, R. (coord), 1999; Vulnerabilidad Activos y Exclusión Social en Argentina y Uruguay. Santiago de Chile; OIT/FORD y Kaztman R. (coord), 1999; Activos y Estructuras de Oportunidades. Estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en el Uruguay., CEPAL/PNUD, 1999; pp.21-30.

unidad familiar de transmitir los pocos activos con que cuenta, y por ende una alta incidencia en la formación de configuraciones tempranas de riesgo social para los niños. En este sentido la aparente simplicidad de la figura arriba presentada esconde la complejidad de funciones de acumulación y transmisión de activos (así como de protección frente a pasivos) que la familia cumple respecto al bienestar y acumulación de activos de los niños.

A. Familia: sus múltiples funciones para el bienestar presente y futuro del niño

El problema de los pasivos es un punto en extremo delicado que debe ser abordado en este informe si queremos entender, no solamente la pobreza en la infancia, sino los procesos crecientes de endurecimiento de la pobreza. A estos efectos deben considerarse los modelos de rol, los contenidos mentales y las pautas de conducta que las familias transmiten a sus hijos, ya que pueden colocar trabas tanto al acceso y movilización de los recursos con que los niños deberán enfrentar los desafíos de futuras etapas de sus ciclos de vida. Cabe entonces detenerse con mayor detalle en las diversas funciones que cumple la familia respecto al bienestar y socialización del niño.

En primer lugar, los activos con que cuenta la familia constituyen un primer elemento a considerar. Estos activos de capital físico, humano y social colocan a la familia y al niño en cierta posición en la estratificación social. Además dichos activos son estratégicos para acceder a servicios (educación, salud, etc) y bienes (vestimenta, alimentación, útiles, etc.) que inciden, tanto en la capacidad del niño para adquirir luego por sí mismo nuevos activos, como en la posición percibida y real de dicho niño en un sistema de estratificación. También, y dentro de este mismo punto, es relevante anotar que los diferentes tipos de activos (físicos, humanos y sociales) poseen funciones diferentes en la socialización y bienestar del niño. En tanto los primeros operan esencialmente garantizando su bienestar y acceso a calidad de bienes y servicios, los de capital humano operan no sólo en forma directa, incrementando el capital educativo del niño, sino también en forma indirecta, al encontrarse normalmente asociados a una mayor motivación de los padres a que los hijos adquieran este mismo capital. La evidencia acumulada así como la presentada en este informe, indica que el nivel educativo de los padres posee un impacto mayor en la trayectoria educativa de los hijos que su nivel de ingresos.

En segundo lugar, la familia constituye en sí misma una organización con funciones, status, roles y responsabilidades distribuidas entre los miembros para garantizar su bienestar. Con independencia de la riqueza de su portafolio de activos, las familias pueden variar en la eficacia y

eficiencia con que transmiten dichos activos, y protegen de pasivos, a los niños. La delimitación de quienes trabajan y quienes no, las pautas de fecundidad y planificación familiar de la organización, los contratos explícitos (legales) e implícitos (informales) acerca de las responsabilidades presentes y futuras respecto a los niños, determinan, o al menos influyen, en la capacidad de transmitir activos a los niños. Sobre este punto existen espinosos debates ideológicos y académicos. Quienes defienden la apertura de los modelos familiares como un elemento esencialmente positivo que incrementa la libertad de los individuos, y muy particularmente de las mujeres, ven en la literatura que se detiene sobre los procesos de precariedad familiar una opción conservadora y falaz. Quienes, por otra parte, asumen efectivamente esta posición, atacan la descomposición familiar y colocan en ella las bases de la anomia creciente en nuestras sociedades. El lector encontrará que en este trabajo no se asume ni la primera ni la segunda posición. Ciertamente la ampliación del divorcio, de las uniones libres y el ingreso de la mujer al mundo laboral poseen indudables efectos benéficos al ampliar las opciones individuales. Sin embargo, aquí se documenta, con particular claridad, el efecto que tiene la monoparentalidad y la biparentalidad en unión libre sobre la capacidad de la familia para transmitir activos a sus niños. Lo que resulta claro es que esta pauta de mayor electividad propia de los procesos de secularización posee impactos problemáticos muy marcados en los sectores de menores ingresos, donde la retracción del rol protector y continentador de la familia no puede compensarse con los recursos, ricos en capital social, físico y humano, que en cambio poseen las familias de mayores ingresos.

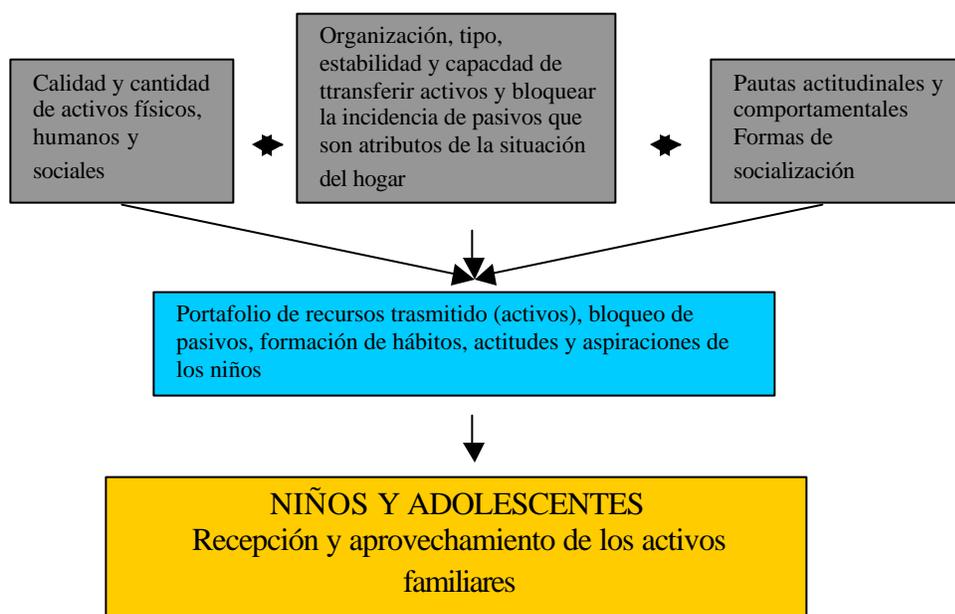
Finalmente las familias socializan a los niños mediante ejemplo y acción, o dicho en términos más técnicos, mediante modelos de rol y control social. La familia incide en forma determinante ya que los adultos definen un amplio rango de comportamientos y normas adecuadas para los niños que procuran que ellos internalicen.² Asimismo, mediante el ejemplo que surge de la conducta cotidiana de los adultos, los niños aprenden a percibir ciertos comportamientos y normas como adecuados o inadecuados. Los recientes desarrollos de la psicología referidos a la idea de inteligencia emocional agregan elementos para apreciar el carácter central de la socialización familiar a través de ejemplos y acciones para el futuro del niño y adolescente. Más allá de si estas normas y comportamientos son mejores o peores desde un punto de vista moral, es claro que diferentes familias operan con mejores y peores instrumentos de socialización para formar la

² Dichas acciones de control, disciplinamiento y ejemplo no se restringen al ámbito privado del hogar. Los padres extienden su influencia al incidir mediante múltiples estrategias en la exposición de sus hijos a diversas realidades sociales y grupos de pares. En la elección de la escuela, del club social o deportivo, del tiempo de salidas y permisos de salidas de recreación a ciertos lugares y en la lisa y llana prohibición de ciertas amistades los padres están contribuyendo a definir el entorno inmediato del niño y sus referentes en la interacción cotidiana.

personalidad de los hijos y para que estos adquieran conductas y normas más o menos instrumentales para el logro de su bienestar futuro. En términos gráficos la multidimensionalidad de las funciones familiares puede verse en la figura que se presenta a continuación:

FIGURA 2

CARACTERÍSTICAS FAMILIARES QUE DETERMINAN SU CONTRIBUCIÓN AL DESARROLLO INTEGRAL DEL NIÑO Y ADOLESCENTE



La mayoría de las familias pobres disponen de recursos de distinto tipo; por ejemplo, contactos de algunos de sus miembros con personas que controlan recursos que suelen ser escasos en ambientes pobres, conocimientos y destrezas laborales específicas, o valores y actitudes que suelen facilitar logros de mayor bienestar. Pero algunos aspectos de la organización de la familia, como la falta de uno de los cónyuges, la inestabilidad de la pareja o rigideces en la estructura, afectan su capacidad para transmitir esos activos a los hijos. Asimismo, hay modelos de relaciones de género, y modelos de relaciones entre padres e hijos, que los niños absorben a través de su experiencia familiar de todos los días, y que resulta más pertinente conceptualizar como “pasivos” que como activos. Por ejemplo, la escasa valoración de la educación como vía de movilidad, la

ausencia de una ética o disciplina de trabajo, la falta de respeto a normas mínimas de convivencia, la presencia de una concepción tradicional de la mujer vinculada a las tareas domésticas así como las actitudes de resignación y fatalismo con respecto a un destino subordinado. Ciertamente la formación de estos pasivos actitudinales en los niños no se alimenta solo del clima familiar ni es responsabilidad única de los padres, pero tampoco cabe duda que los contenidos mentales que se transfieren de padres a hijos en las primeras etapas del ciclo de vida, dejan un sello permanente en la estructuración de la personalidad. El diagrama antes presentado pretende justamente captar esta complejidad de las funciones familiares.

Los padres pueden tener mayor o menor éxito en bloquear la incidencia sobre el niño de otros pasivos, algunos de los cuales son atributos no deseados de la situación del hogar, como en el caso de padres que se organizan para ofrecer a sus hijos alternativas para el uso del tiempo libre que los aparte de las calles de su barrio, en el entendido que los contenidos mentales que podría incorporar el niño en ese ambiente sería un pasivo que podría trabar su posterior desarrollo.

B. Ciclo vital del niño y adolescente y el cambiante rol de la familia y otras esferas sociales.

La figura 1 sugeriría también que la familia posee un efecto monopólico o casi monopólico en la primer etapa de vida del niño, y que dicho efecto totalizante se va diluyendo con el paso del tiempo y la maduración del niño a medida que éste se incorpora a esferas extrafamiliares que se van constituyendo en fuentes principales de acumulación de activos.

Si bien es cierto que aún en la primer infancia la estructura de oportunidades, especialmente del Estado, posee un cierto efecto directo sobre el niño (controles neonatales, atención en el parto, campañas de vacunación), el grueso de los bienes y servicios que recibe el infante pasan a través del filtro de la familia. Con la expansión hacia las edades menores de la escolarización se produce el primer gran salto, en donde la familia se retrae de ciertas funciones primordiales de socialización y estas pasan a estar situadas en las guarderías estatales o privadas. Con el ingreso a la educación primaria se produce un segundo gran escalón por el cual la familia resigna funciones otrora monopólicas. Esto no implica que la familia deje de tener un efecto preponderante en la educación del niño, pero el mismo interactúa y es compartido ahora con un ámbito institucional de funciones específicas. En buena medida esta última afirmación sintetiza el proceso emancipatorio creciente del niño hacia la adolescencia y finalmente hacia la adultez, así como el aumento de autonomía que ello implica respecto a las tres funciones primordiales de la familia (acumulación de activos,

trasmisión de activos y socialización). De este modo, de una dependencia casi monopólica para su bienestar presente y futuro, de una institución de fines genéricos como la familia, los niños y adolescentes pasan a depender de instituciones de fines específicos, como las instituciones educativas, deportivas, laborales y los diversos servicios estatales.

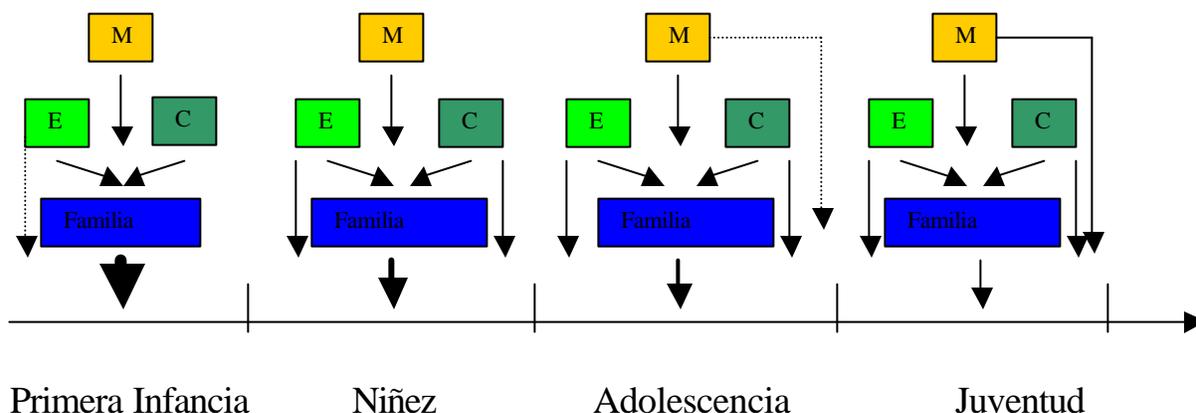
Sumado a ello, el niño y luego el adolescente amplían crecientemente sus esferas de interacción con otros grupos y organizaciones extra-familiares. Por ello las funciones de control social y los modelos de rol que antes monopolizaba la familia se desplazan ahora a los grupos de pares, las parejas, los colegas del trabajo, los compañeros de estudios y otros adultos en esferas de interacción diversas.

Finalmente, la eficacia y eficiencia de la familia como unidad de transmisión de activos persiste, pero es compartida ahora con el propio niño (como sujeto que aprovecha más o menos la estructura social de oportunidades) y con otras esferas y organizaciones del Estado, del mercado y de la comunidad (que pueden ser más o menos eficientes en transmitir sus recursos a los niños en forma de activos). Además de transmitir activos y ofrecer pautas de socialización, cada una de esas nuevas esferas constituye una fuente de riesgos y oportunidades.

En lo que hace a las políticas sociales, existe un debate reiterado sobre la unidad de intervención más efectiva y eficiente para mejorar las condiciones de vida de los niños. Las reflexiones antecedentes indican que dicho debate no tiene una respuesta automática. Por el contrario, dependiendo del ciclo vital del niño y de las características de la familia y de las instituciones del Estado, el mercado o la comunidad, los esfuerzos serán más efectivos en algunos casos incidiendo directamente sobre la estructura de oportunidades que afecta a la familia, en otros interviniendo en las mismas familias, y aún en otros casos sobre la estructura de oportunidades que, sin mediación familiar, afectan directamente al niño o adolescente.

En este sentido, la figura 3 presenta un diagrama ordenado por el ciclo vital del niño en el que se puede apreciar el cambiante rol de la familia, del Estado, del mercado y de la comunidad en su desarrollo y bienestar.

FIGURA 3



Ahora bien, a lo largo de su ciclo vital y hasta su eventual emancipación, el niño enfrenta un conjunto de riesgos que amenaza su bienestar presente y futuro. Estos riesgos son multicausales y eslabonados temporalmente. El nivel de vulnerabilidad en una etapa aumenta la probabilidad de riesgos en etapas posteriores. Cada una de las situaciones de riesgo opera como un eslabón en los mecanismos de la reproducción intergeneracional de la pobreza y de la exclusión social. La probabilidad de emergencia de cada una de las situaciones de riesgo está inversamente relacionada con la riqueza del portafolio de activos de las familias y con sus capacidades para transferir esos activos. La figura cuatro presenta un esquema simple de los riesgos que el niño enfrenta a lo largo del ciclo vital.

C. Ciclo vital y riesgo infantil: el eslabonamiento temporal.

La figura cuatro no es necesariamente la secuencia típica del ciclo vital infantil y adolescente. La misma indica, o pretende indicar, la ruta más perniciosa para el bienestar de los niños y adolescentes, para la reproducción intergeneracional de la pobreza, y para su eventual endurecimiento en forma de pobreza excluida, aislada o marginal. La figura cinco, en cambio, presenta una estructura de tipo árbol que busca ejemplificar justamente las características de eslabonamiento de los riesgos y la forma en que la presencia de situaciones de riesgo en una etapa incrementan las probabilidades de caer en situaciones de riesgo en etapas posteriores. También pretende ilustrar sobre puntos clave, donde intervenciones oportunas en la estructura de oportunidades, en las familias o en los mismos niños o adolescentes, harían posible un cambio de

‘carril’. El esfuerzo de los niños o adolescentes no es lo más común, como puede apreciarse en el trazado de las flechas que vinculan logros en diferentes etapas vitales. Está en el diseño de políticas sociales inteligentes, y en la transformación de la familia y de la estructura de oportunidades, buscar las mejores estrategias para maximizar el “cambio de carril”.

Las figuras 4 y 5 buscan justamente sintetizar la secuencia eslabonada de riesgos en distintas etapas. En la primera infancia los riesgos de salud son centrales, comenzando por los desenlaces trágicos reflejados en la mortalidad infantil, en diferentes indicadores de desnutrición y de insuficiencias en el desarrollo psicomotriz. A su vez, las falencias en la salud física y mental debilitan las capacidades para hacer un aprovechamiento adecuado de los servicios que se ofrecen a nivel pre-escolar, ya sea porque directamente no se hace uso de esos servicios, por que no se asiste a los mismos de manera regular, o por que no se ha alcanzado la maduración mental mínima necesaria para incorporar estructuras básicas de aprendizaje. El efecto acumulado de las situaciones de riesgo experimentadas en la primera infancia se traduce en bajos logros académicos en la escuela primaria y en mayores probabilidades de deserción y rezago o extraedad. Riesgos similares emergen en la formación secundaria, donde comienza a observarse un desgranamiento importante entre aquellos adolescentes que han acumulado pasivos que les impiden continuar sus estudios. Esta situación coloca al menos tres problemas prioritarios en la agenda social correspondiente a esta etapa del ciclo de vida. En primer lugar, la deserción y la emancipación temprana que señala la presencia de jóvenes que se incorporan al mercado laboral antes de haber adquirido las calificaciones mínimas para una inserción adecuada en el mercado laboral actual. Segundo, el fenómeno de la desafiliación institucional (en crecimiento en todos los países de la región), que se puede observar a través del porcentaje de adolescentes y jóvenes que no estudian ni trabajan ni buscan trabajo, situación que refleja un bloqueo de las oportunidades de acumular capital social y capital humano en los ámbitos de enseñanza y en los ámbitos laborales, en una etapa ciertamente crucial para la consolidación de los activos con los que enfrentaran los desafíos del logro de bienestar en su vida adulta. En tercer lugar, la maternidad adolescente, particularmente aquella que implica nacimientos que no fueron concebidos en matrimonios.

FIGURA 4

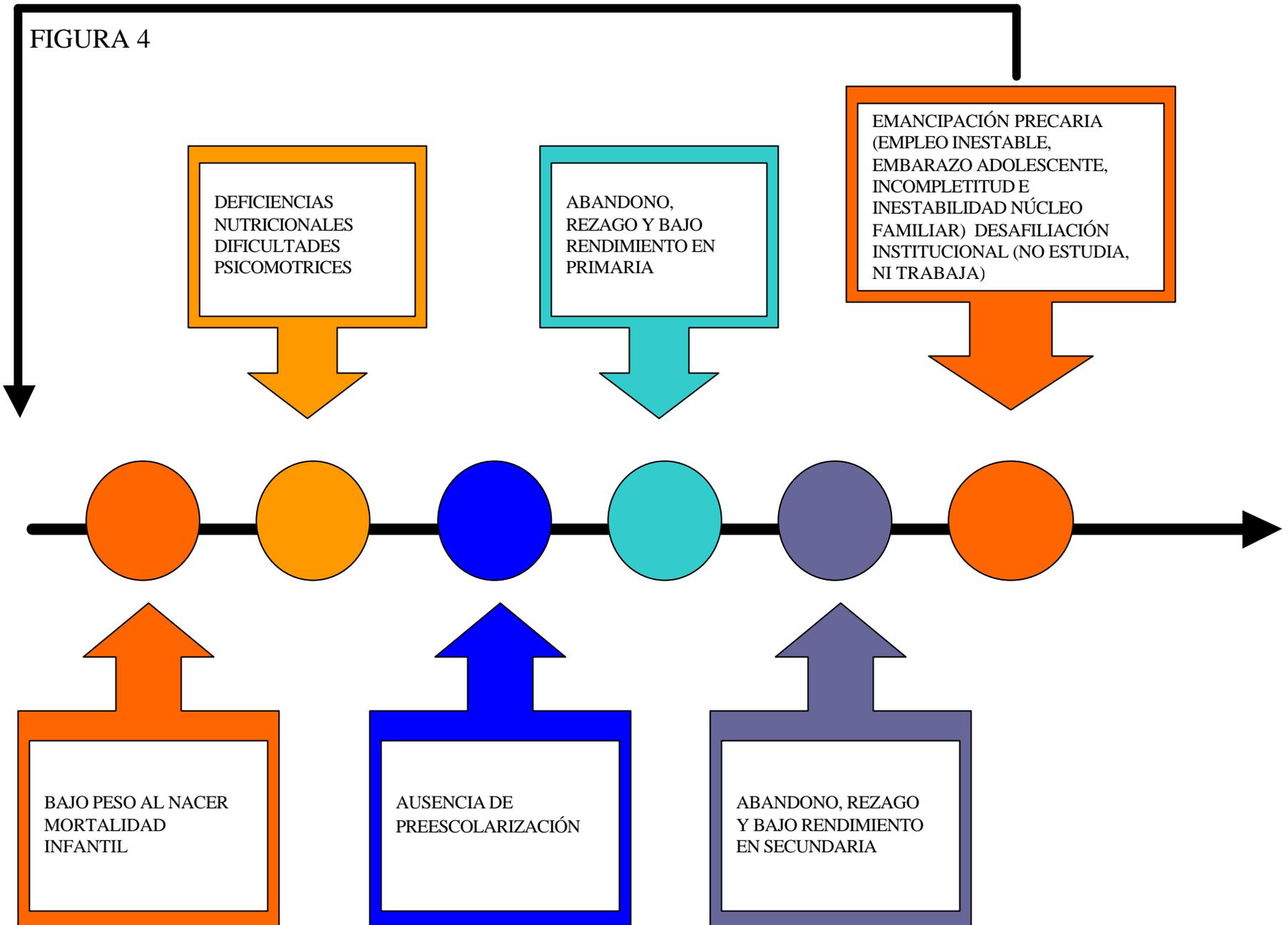
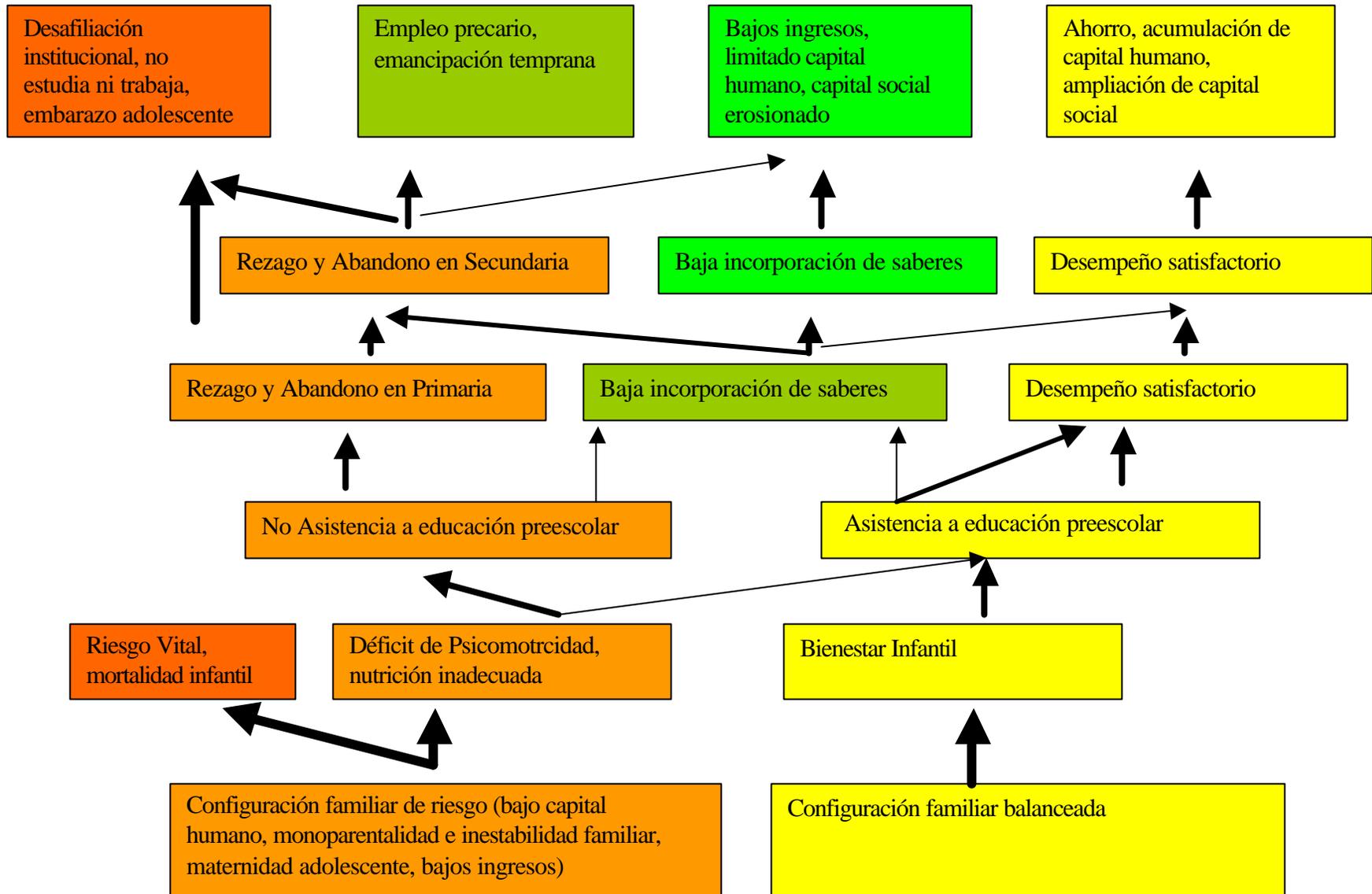


FIGURA 5



Todos y cada uno de estos riesgos señalan puntos cruciales de intervención para quebrar los anillos de la reproducción intergeneracional de la pobreza y de la exclusión social. Pero todos están encadenados en una sinergia negativa que profundiza y endurece la pobreza. Como veremos en el siguiente capítulo, la crónica escasez de recursos que enfrentan los países de la región para atender los acuciantes problemas sociales hace imprescindible que la fijación de prioridades en cuanto a puntos de intervención deba partir de una visión integral que reconozca el carácter sinérgico de los encadenamientos de situaciones y comportamientos de riesgo, así como la necesidad de un balance pormenorizado de los múltiples factores que hacen a la eficacia y eficiencia de las intervenciones en cada etapa del ciclo vital.